CARTA XIII.

Mi estimado amigo: Ya veo yo que es empeño inútil el de obligarle á V. á una discusion seguida sobre los dogmas de la religion y los principios en que se fundan, pues que fiel á su sistema de no atenerse á ningun sistema, y guardando inviolablemente la regla de su método, que es no observar ninguno, revolotea como mariposa de flor en flor, de suerte que cuando le creia uno engolfado en alguna cuestion capital y decidido á continuar por largo tiempo el ataque empezado contra un punto de las murallas de la ciudad santa, levanta de improviso los reales, se aposenta en otro campo, y desde allí amenaza abrir nueva brecha esperando que yo acuda al punto atacado, para luego dirigirse á otra parte y fatigarme inútilmente sin obtener el resultado que deseo. Pero digo mal cuando afirmo que me he fatigado inútilmente; porque si bien es verdad que no me ha sido posible hasta ahora apartarle á V. de su error, porque se ha resistido siempre á sujetarse al trabajo de una discusion sostenida con el debido órden y encadenamiento, me lisonjeo no obstante de que habré logrado desvanecerle á V. algunas preocupaciones, que sin duda le habrian obstruido el paso en el camino de la fé, si es que algun dia, ilustrado su entendimiento por inspiraciones superiores, movido su corazon por la gracia del Señor, se resuelve á emprenderle con seriedad, rompiendo las trabas que le detienen, y saliendo del infeliz estado en que se encuentra, y en que espero no le ha de sorprender la hora de la muerte.

Disimulándome V. el preámbulo, que quizás calificará de importuno y que yo considero como importunidad saludable, voy á responder á las dificultades que me propone V. sobre una de las virtudes mas encarecidas por la Religion cristiana. Alégrome en gran manera de que hayamos salido de las disputas que eran objeto de la carta anterior; porque si bien versaba sobre asunto muy trascen-

dental y de altísima importancia, la materia era de suyo tan delicada y vidriosa, que es preciso andar siempre midiendo las palabras y en busca de espresiones, que dejando trasluoir la verdad, cubran con tupido velo cuanto pudiera ofender las buenas costumbres y las delicadas consideraciones debidas al pudor. Al fin la humildad es cosa sobre la cual es lícito hablar sin rodeos, no habiendo el peligro de que una palabra poco mesurada haga salir los colores al rostro.

Algo volteriano está V. cuando habla de la virtud de la humildad, y le aplica irónicamente el dictado de *sublime* que los cristianos nos complacemos en tributarla. Segun parece, se ha formado V. ideas muy equivocadas sobre la naturaleza de dicha virtud, pues que llega á asegurar que por mas que lo desease, le seria imposible el ser humilde á la manera que lo ecsigen los libros de mística, por la sencilla razon de que no cree permitido el engañarse á sí mismo, y de que aun cuando se esforzase en ello, tampoco le seria dable conseguirlo. Gana de reir me ha dado el que V. se imagine haberme propuesto una dificultad insoluble, con aquello de que no le es posible persuadirse de que sea el mas estúpido entre los hombres, pues que está viendo tantos otros que evidentemente no poseen los pocos ó muchos conocimientos que á V. le han proporcionado la educacion y la instruccion, ni tampoco que sea el mas perverso entre los mortales, supuesto que ni roba, ni asesina, ni comete otros actos á que se arrojan algunos de sus semejantes; y que sin embargo, si escuchamos la doctrina de los místicos, esta es la perfeccion de la humildad, y á ella llegaron los santos mas distinguidos, mas adelantados en esta virtud. No tengo tampoco inconveniente en que V. no se encuentre de humor para andarse, como dice, por esas calles haciendo el loco con el fin de que los demas le desprecien, y tener así ocasion de ejercer la humildad; pero lo que estraño es que tales argumentos los repute como invencibles, y que cante de antemano la victoria, intimándome que ó es preciso tragar los absurdos que de estas mácsimas y ejemplos resultan, ó condenar las vidas de grandes santos y echar al fuego las obras de los místicos mas afamados. Paréceme que el dilema no es tan perfecto que no deje salida; antes creo que ni será preciso devorar absurdos, ni tampoco entregarse al repugnante oficio del ama de D. Quijote, y del cura de su lugar.

V. que se precia de caballeroso, creo que no estará reñido con Santa Teresa de Jesus, á quien si reputa por ilusa, al menos no podrá dejar de tributarle el merecido elogio por sus eminentes virtudes, por su alma cándida, su bellísimo corazon, su talento claro

y penetrante, y su pluma tan amable como sublime. A esta santa ya sabe V. que algo se le alcanzaba de achaque de virtudes cristianas, y que con lo mucho que habia meditado y leido, y consultado ademas con hombres sábios, ó como ella dice, grandes letrados, debia saber en qué consistia la humildad y cómo era entendida y esplicada esta virtud en el seno de la Iglesia católica. Y ¿cree V. que la santa pensaba que para ser humilde era preciso comenzar engañándose á sí propia? Apostaria yo que V. no acierta en la definicion que da de la humildad; definicion admirable, y que, preciso es decirlo, parece escogitada á propósito para contestar á las dificultades de V. Refiere la santa que no comprendia por qué la humildad era tan agradable á Dios, y que discurriendo un dia sobre este punto, alcanzó que era así: porque *la humildad es la verdad.* Ya ve V. que no se trata de engaño, y que tan distante está de obligarnos á él la humildad, que antes bien con ella disipamos el engaño; porque su mérito mas sólido, el título por el cual es agradable á los ojos de Dios, es el ser verdad.

Desenvolveré en pocas palabras esa hermosa sentencia de Santa Teresa de Jesus; y no necesitaré mas que esta luminosa observacion de la santa para hacerle comprender á V. lo que es la humildad, en sus relaciones con nosotros mismos, con Dios y con el prójimo.

¿Está en oposicion con la virtud de la humildad el que conozcamos las buenas dotes naturales ó sobrenaturales con que Dios nos ha favorecido? No, antes al contrario, revuelva V. todas las obras de los teólogos escolásticos y místicos, y á todos los encontrará de acuerdo en que dicha virtud no se opone á semejante conocimiento. Quien esperimenta á cada paso que comprende con mucha facilidad cuanto lee ú oye, que le basta fijar su meditacion sobre las cuestiones mas abstrusas para que se le presenten desde luego claras y despejadas, no hay inconveniente en que se halle interiormente convencido de que Dios le ha dispensado este señalado favor; mas diré, le es imposible dejar de abrigar esta conviccion que tiene por objeto un hecho que está presente á su ánimo y de que le asegura su conciencia propia, como que es una série de actos que acompañan de continuo su ecsistencia, que constituyen su vida intelectual, aquella vida íntima de que estamos tan ciertos como de la ecsistencia de nuestro cuerpo. ¿Podrá V. figurarse que Santo Tomás estuviese persuadido de que era tan ignorante como los legos de su convento? San Agustin ¿era posible que creyese conocer tan poco la ciencia de la religion como el último del pueblo á quien la esplicaba? San Gerónimo, que tan aventajados conocimientos poseia en

las lenguas sábias, y en cuanto es menester para interpretar atinadamente la Sagrada Escritura, ¿diremos que en su interior no estaba penetrado de que poseia mas que medianamente el griego y el hebreo, y de que sus investigaciones con que se remontaba hasta las fuentes de la erudicion habian sido del todo infructuosas? No; no dicen los cristianos tales disparates. Una virtud tan sólida, tan hermosa, tan agradable á los ojos de Dios, no puede ecsigir de nosotros tamañas estravagancias; no puede ecsigir que cerremos los ojos para no ver lo que es mas claro que la luz del dia.

Bien entendida la humildad, trae consigo el claro conocimiento de lo que somos, sin añadir ni quitar nada; quien tenga sabiduría puede interiormente reconocerlo así, pero debe al propio tiempo confesar que la ha recibido de Dios, y que á Dios se debe el honor y la gloria. Debe reconocer tambien que esta sabiduría, si bien levanta mucho mas su entendimiento que el de los ignorantes, ó de los menos sábios que él, le deja sin embargo muy inferior á los demas sábios que se le aventajan en estension y profundidad. Debe al propio tiempo considerar que esta sabiduría no le da derecho para despreciar á nadie, pues que teniéndola por especial beneficio de Dios, de la misma manera la hubieran poseido los otros si el Criador se hubiese dignado otorgársela. Debe considerar que este privilegio no le ecsime de las flaquezas y miserias á que está sometida la humanidad, y que cuanto mas sean los favores con que Dios le haya distinguido, cuanto mas claro sea el entendimiento para conocer el bien y el mal, tanta mas estrecha cuenta deberá dar á Dios que de tal suerte le ha hecho objeto de su bondadosa munificencia. Quien tenga virtudes no hay inconveniente en que lo reconozca así, confesando al propio tiempo que son debidas á particular gracia del cielo; que si no comete las maldades á que se arrojan los otros hombres, es porque Dios le tiene de su mano; que si hace el bien y evita el mal por medio de la gracia, esta gracia le ha sido concedida por Dios; que si por su misma índole está inclinado á ciertos actos virtuosos, causándole horror los vicios opuestos, esa índole le ha venido tambien de Dios; en una palabra, tiene motivo para estar contento, mas no para engreirse, supuesto que seria injusto atribuyéndose lo que no le pertenece y defraudando á Dios la gloria que le corresponde.

Oiga V. sobre este particular al gran santo, al hombre que tan alto se levantó en todas las virtudes cristianas, especialmente en la de la humildad, á San Francisco de Sales; y vea V. como no solo conviene en que es lícito reconocer los bienes que nosotros tenemos, sino tambien en que es permitido y muchas veces saluda-

ble el fijar sobre ellos la atencion, el pararse detenidamente á considerarlos.

"Pero tú desearás, Filotea, que te conduzca mas adelante en la humildad; porque lo que de ella hasta aquí he tratado, mas parece sabiduría que humildad. Paso pues adelante: muchos no quieren ni se atreven á pensar y considerar en particular las gracias y mercedes que Dios les ha hecho, temerosos de dar en la vanagloria y complacencia, en lo cual ciertamente se engañan: porque como dice el grande doctor Angélico, el verdadero medio de llegar al amor de Dios es la consideracion de sus beneficios, porque cuanto mas los conociéremos, tanto mas le amaremos; y como los beneficios particulares mueven mas particularmente que los comunes, así tambien deben ser considerados mas atentamente. Es cierto que nada nos puede humillar tanto delante de la misericordia de Dios como la muchedumbre de sus beneficios: ni nada nos puede humillar tanto delante de su justicia como la multitud de nuestras maldades. Consideremos lo que ha hecho por nosotros, y lo que nosotros hemos hecho contra él, y como consideramos por menudo nuestros pecados, consideramos así por menudo sus gracias. No hay que temer que el conocimiento de lo que ha puesto en nosotros nos desvanezca, con tal que atendamos á la verdad, que cuanto hay bueno en nosotros, no es nuestro. ¿Los mulos, dime, dejan de ser torpes y hediondas bestias porque estén cargados de muebles preciosos y olores de príncipes? ¿Qué tenemos nosotros bueno, que no hayamos recibido? Y si lo hemos recibido, ¿por qué nos queremos ensoberbecer? (1. Ad. Cor. 4, 7.) Al contrario, la viva consideracion de las mercedes recibidas nos hace humildes, porque el conocimiento engendra el reconocimiento; pero si viendo los beneficios que Dios nos ha hecho nos llegase á inquietar cualquiera suerte de vanidad, el remedio infalible será recurrir á la consideracion de nuestras ingratitudes, de nuestras imperfecciones y de nuestras miserias. Si consideramos lo que haciamos cuando Dios no estaba con nosotros, conoceremos que lo que hacemos cuando nos acompaña no es de nuestra industria ni de nuestra cosecha. Alegrarémonos verdaderamente y regocijarémonos porque tenemos algun bien; pero glorificaremos solo á Dios, como autor de él. Así la Santísima Vírgen confesó que Dios obró en ella cosas grandes; pero esto fué por humillarse y engrandecer á Dios: "Mi alma, dice, engrandece al Señor, porque ha hecho en mí cosas grandes." (Luc. 1, 46, 49.) (San Francisco de Sales, introduccion á la vida devota, parte 3.ª cap. 5.º)

No cabe testimonio mas concluyente en favor de la doctrina que

andaba esponiendo; ya ve V. que no se trata de engañarse á sí mismo, sino de conocer las cosas tales como son en sí. "Entonces, me objetará V., ¿cómo es que los grandes santos digan á boca llena que son los mayores pecadores del mundo, que son indignos de que la tierra los sostenga, que son los mas ingratos entre los hombres?" Entienda V. el verdadero sentido de estas palabras; advierta que andan acompañadas de un sentimiento de profunda compuncion; que son pronunciadas en momentos en que el espíritu se anonada en presencia del Criador; y echará V. de ver que son susceptibles de interpretacion muy razonable. Aclarémoslo con un ejemplo. Cuando Santa Teresa de Jesus decia que era la mayor pecadora de la tierra ¿deberemos pensar que ella creyese ser culpable de los delitos de las mugeres mas perdidas, cuando le constaba muy bien la pureza de su cuerpo y alma, cuando sabia los inefables beneficios con que el Señor la estaba favoreciendo? Claro es que no. Mas diré. ¿Debemos suponer que se creyese con un solo pecado mortal en la conciencia? Es cierto que no, pues de lo contrario no se hubiera atrevido á recibir el augusto Sacramento del Altar, que sin embargo recibia con tanta frecuencia y con tales éxtasis de gratitud y de amor. Ahora bien: la santa no ignoraba que en el mundo habia muchas personas culpables de pecados graves y gravísimos á los ojos de Dios, ella era la primera en deplorarlo y en rogar al cielo que se dignase mirar á aquellos desgraciados con ojos de misericordia; luego cuando aseguraba que era la muger mas pecadora de la tierra no podia entenderlo en un sentido riguroso tal como V. parece quererlo interpretar. ¿Qué significaba pues? hélo aquí muy sencillamente. Asistamos á una de las escenas que se representaban en su espíritu, y comprenderemos perfectamente el sentido de las palabras que son para V. piedra de escándalo. Puesta en presencia de Dios con fé viva, con caridad ardiente, con el corazon contrito y humillado, ecsaminaria los recónditos pliegues de su corazon y observaria de vez en cuando algunas ligeras imperfecciones que no habian sido consumidas todavía por el fuego del divino amor; recordaria tambien los tiempos pasados en los que, no obstante de ser ya muy virtuosa, no habia entrado de lleno en el camino sublime que la condujo á la altura de santidad que hacia de ella un ángel sobre la tierra. Se ofrecerian á su memoria las faltas leves en que habia incurrido, la poca prontitud en seguir las inspiraciones del cielo, y comparado todo con los beneficios naturales y sobrenaturales de que el Señor la habia llenado, y medido todo con su viva fé, con su inflamada caridad, con aquella íntima presencia de Dios que la tenia fuera de

esta vida mortal, y la hacia morar en regiones superiores, veria en toda su negrura la fealdad del pecado aun venial, consideraria la ingratitud de que se hiciera culpable no prestándose desde luego con mucho mas ardor del que lo hiciera, á los llamamientos del Señor; y entonces puesta en parangon la santidad de su alma con la santidad divina, su ingratitud con los beneficios de Dios, su amor con el amor que Dios le manifestaba, se anonadaria en presencia del Altísimo, perderia de vista el bien que en sí tenia, y fijos únicamente los ojos en su debilidad y miseria, esclamaria que era la mas pecadora entre las mugeres, que era la mas ingrata entre todas las criaturas. ¿Qué encuentra V. aquí de irracional y de falso? ¿Se atreverá V. á condenar la espansion de un corazon humilde que anonadado en presencia del Señor reconoce sus defectos, y considerándolos con toda viveza, esclama que son los mayores pecados del mundo? ¿No ve V. aquí mas bien la espresion de una caridad ardiente, que palabras de engaño?

Si quisiera valerme de un lenguaje afilosofado, le diria á V. que la humildad cristiana es lo mas á propósito para formar verdaderos filósofos; si es que la verdadera filosofía ha de consistir en hacernos ver las cosas tales como son en sí, sin añadir ni quitar nada. La humildad no nos apoca, porque no nos prohibe el conocimiento de las buenas dotes que poseemos; solo nos obliga á recordar que las hemos recibido de Dios, y este recuerdo lejos de abatir nuestro espíritu lo alienta, lejos de debilitar nuestras fuerzas las robustece, porque teniendo presente cuál es el manantial de donde nos ha venido el bien, sabemos que recurriendo á la misma fuente con viva fé y rectitud de intencion, manarán de nuevo copiosos raudales para satisfacernos en todo lo que necesitemos. La humildad nos hace conocer el bien que poseemos, pero no nos deja olvidar nuestros males, nuestras flaquezas y miserias; nos permite conocer el grandor, la dignidad de nuestra naturaleza y los favores de la gracia, pero no consiente que ecsageremos nada, no consiente que nos atribuyamos lo que no tenemos, ó que teniéndolo nos olvidemos de quien lo hemos recibido. La humildad, pues, con respecto á Dios nos inspira el reconocimiento y la gratitud, nos hace sentir nuestra pequeñez en presencia del Ser infinito.

Con respecto á nuestros prójimos, la humildad no nos permite ecsaltarnos sobre ellos ecsigiendo preeminencias que no nos corresponden; nos hace afables en el trato, porque dándonos á conocer nuestras flaquezas, nos vuelve compasivos con las que sufren los demas, y conservando nuestro corazon esento de envidia, que siempre acompaña á la soberbia, hace que respetemos el mérito donde

quiera que se halle, y que lo reconozcamos francamente, tributándole el debido homenage, sin el mezquino temor de que pueda salir perjudicada nuestra gloria.

Ya que acabo de pronunciar la palabra *gloria*, desearia saber si V. lleva tambien á mal que la humildad no nos permita saborearnos en las alabanzas de los hombres, y nos inspire sentimientos superiores á ese humo que desvanece tantas cabezas. Si así fuere, como no lo dudo, me bastará una reflecsion para convencerle á V. de su error. ¿Le parece á V. bueno todo lo que hace al hombre mas grande? Creo que no tendrá V. reparo en decirme que sí. Pues bien, el mismo mundo mira como un héroe á aquel que haciendo acciones dignas de alabanza, no se para en ella, la menosprecia, y al sentir el fragante aroma, pasa sin detenerse, con la cabeza llena de pensamientos elevados, con el corazon henchido de sentimientos generosos: el mundo, pues, hace justicia á los despreciadores de la vanidad humana, es decir, á los que practican actos de verdadera humildad: no quiera V. ser menos justo que el mundo. ¿Desea V. una contraprueba de lo que acabo de decir? Héla aquí: los que no son humildes buscan la alabanza; y ¿sabe V. lo que se adquieren, tan pronto como se trasluce su afan? El ridículo y la burla. Cuando deseamos parecer bien á los ojos del mundo, si no somos humildes en realidad, lo aparentamos; porque en lo esterior damos á entender que no hacemos caso de la alabanza; y si se nos tributa, la resistimos diciendo que es inmerecida. Vea V., mi estimado amigo, cuán sábia, cuán noble, cuán sublime es la Religion cristiana, pues en la virtud que tanto abatimiento parece traer consigo, está encerrado el secreto de adquirir gloria sólida aun entre los hombres: éstos la ofrecen gustosos á quien la merece y no la busca; pero desprecian y ridiculizan al que la solicita. Tanta es la fuerza de las cosas, que la misma soberbia para saciar su sed de gloria, se ve precisada á negarse á sí misma, á cubrirse con el manto de la humildad; así se verifica aun en la tierra aquella sentencia de la Sagrada Escritura: "Quien se ecsalta será humillado, y quien se humilla será ecsaltado."

Basta por hoy de humildad; creo que con lo dicho hasta aquí se quedará V. bien convencido de que para ser verdaderamente humilde conforme al espíritu de la Religion cristiana, no necesita V. ni andarse haciendo el loco por las calles, ni creer que es digno de ser llevado á presidio ó al cadalso, ni tampoco que no tiene mas conocimientos de ciencias y literatura que el que no sabe deletrear. Si alguna vez encuentra V. en las vidas de los santos algun hecho que no pueda V. esplicar por las reglas arriba establecidas, recuer-

de V. que nosotros no tenemos inconveniente en decir que hay cosas que son mas bien para admiradas que para imitadas; y ademas, no quiera V. juzgar por mundanas consideraciones, lo que marcha por caminos desconocidos al comun de los mortales. Esto es lo que nosotros llamamos misterios y prodigios de la gracia, y que VV. los filósofos apellidarán ecsaltacion y ecsageracion del sentimiento religioso. Entre tanto espera ocasiones de complacerle á V. este su afectísimo y S. S. Q. S. M. B.

J. B.

CARTA XIV.

Mi estimado amigo: Casi me inclinaria á creer que empieza V. á no encontrarse muy bien en su escepticismo religioso, pues que al parecer se averguenza de él, no queriendo confesar que se halla en esta parte en situacion muy diferente de la de muchos otros, á quienes V., con buena intencion sin duda, pero con mucha injusticia, les achaca las mismas ideas. No podia yo figurarme que le causase á V. tanta novedad la conducta de muchos cristianos, hasta el punto de llegar á suponer que ó fingen hipócritamente estar adheridos á la Religion, ó cuando menos la profesan sin entender de ella una palabra. Dice V. que no alcanza á comprender cómo es posible que enseñando la Religion doctrinas tan altas, algunas de las cuales son sumamente trascendentales y hasta terribles, haya hombres que estando convencidos de la verdad de ellas, ó las contrarien con su conducta, ó vivan haciendo poquísimo uso de las mismas. Añade V. que concibe muy bien la religion de un San Gerónimo, de un San Benito, de un San Pedro de Alcántara, de un San Juan de la Cruz, es decir, hombres penetrados profundamente de la nada de las cosas terrenas, de la importancia de la eternidad, y por consiguiente desasidos de todo lo mundano, muertos á todo cuanto los rodea, y atentos únicamente á la gloria de Dios y á la salvacion de sus almas y de las de sus prójimos; pero que no comprende, en primer lugar, la religion de los viciosos, esto es, de hombres que viven convencidos de la eternidad de las penas del infierno, y no obstante como que hacen todo lo posible para hundirse en él; que no comprende la religion de otros, que sin embargo de no estar entregados al vicio, dejan correr sus dias con cierta indiferencia, sin afanarse mucho por lo que pueda venir despues de la muerte, ni aun de aquellos que practicando la virtud lo hacen con cierta tibieza, no mostrándose continuamente poseidos de la idea de que muy en breve van á encontrarse ó con una di-